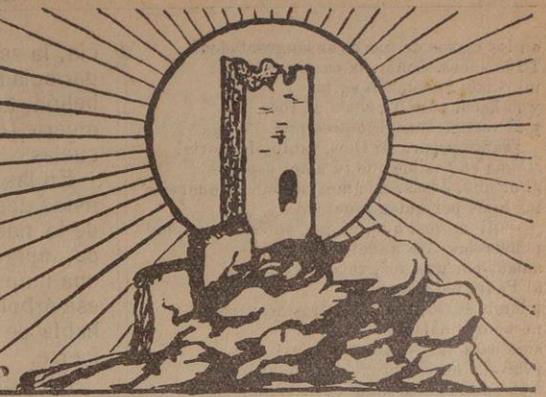


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año III

Alhama de Murcia, Domingo 28 de Marzo de 1926

Núm. 52

La Semana Santa

Y en el continuo rodar de los días, de los meses y de los años en la veloz carrera del tiempo que ya no vuelve, hemos llegado otra vez a la Semana Santa. ¡La de los grandes misterios... la de los recuerdos santos...!

Jesús es recibido el Domingo con palmas y olivos en Jerusalén; pero Jesús al ver la Ciudad, llora; y llora, porque sabe que muchos de los que ahora le aclaman, después pedirán su muerte... ¡Si ahora dicen *hosanna*, después dirán *crucifige!*...

¡Jueves Santo! Fué en este día la institución del Sacramento Eucarístico. Mientras los hombres maquinaban la muerte de Jesús, Jesús inventaba la Eucaristía, que es vida para los hombres... Cuando ellos le aborrecían, Él les amaba... ¡*In finem dilexit eos!*!

Viernes Santo, es el día de la crucifixión y muerte de nuestro Redentor. Amontonados y de tropel cruzan por nuestra memoria tristes recuerdos. ¡El Huerto de Getsemaní, el Pretorio, la calle de Amargura, el Calvario! ¡Traiciones, injurias, azotes, espinas, clavos, Cruz...!

Cuando estos días asistamos a los Santos Oficios y a las procesiones, meditemos en el inmenso amor de Dios a los hombres... purifiquemos nuestras conciencias en el tribunal de la penitencia y gritemos compungidos con Santa Teresa de Jesús: *No más pecados, no más, que hacen derramar mucha sangre al Redentor...!*

Luz Eterna

«Se oscureció el sol y la luna no dió luz». Que es decir: Se apagaron los luminares de la tierra; pero el Luminar del Cielo, comenzó a alumbrar la tierra, desde aquel día, el más oscuro y el más luminoso de los siglos.

Apagó el sol sus puntos brillantes, sus fáculas; y, el nuevo, el verdadero Sol, Cristo Jesús, el autor de toda luz, en su cuerpo, luminoso para aquellos que tienen ojos en el alma, encendió cinco flamas inextinguibles, fáculas de coruscante claridad.

Y la luz, que brotaba de estas cinco fuentes, era roja; pero, no



con rojeces siniestras, sino, como si sus reflejos, se filtrasen a través de rubies, tiñendo a los viajeros de la oscuridad, que, ansiosos, buscaban esta luz, de encendida escarlata.

Y la luz, que brotaba de estas cinco fuentes, era sangre; pero sangre de redención, de vida; y, hasta las mazmorras del pecado, en que Satán encerraba sus esclavos, llegó alumbrando su eterna claridad; y, los hijos de las tinieblas se transformaron en hijos de la luz y, a los cambiantes de estos suaves reflejos,

se transformaron, los arapos de la esclavitud, en la preciosa púrpura de reyes de la Tierra y el Cielo.

Y la luz, que brotaba de estas cinco fuentes, que era sangre, era también, vino generoso, y, Cristo Jesús, el autor de toda luz, había dicho: *Tomad y bebed, esta es mi sangre*; y al esplendor las cinco fáculas del verdadero Sol y brotar los cinco torrentes de luz, que era sangre y que era vino generoso, los viajeros de la oscuridad, los esclavos de Satán, los extenuados y desfallecidos por la sed del áspero caminar de la vida, elevaron sus copas y Cristo Jesús las hinchó del vino, que es su sangre que es luz y alegría de las almas.

Y resultó que Cristo Jesús fué cordero, con cuya sangre signaron sus moradas los Israelitas; es decir: los esclavos del pecado, que buscan la libertad de los hijos de Dios.

Cristo Jesús fué la uva, que se estrujó en el lagar de los tormentos, dando el vino generoso de su sangre y, esta sangre, se escancia, cada día, en los corazones de los que comulgan, para apagar el ardor de sus dolores y su sed de amor.

Cristo Jesús fué, es y será, para los que le buscan con los ojos del alma, *Sol cuyo oriente eterno es el Calvario*, que no tiene occidente, porque su luz no muere: es luz eterna.

G. E. C.

Mi Cristo es mi consuelo...

En el dolor, rendido, ante Él me humillo y, me parece, que la luz del Cielo mansamente me inunda con su brillo. Deja, Padre, le digo, que, a tus plantas llore yo, en mis momentos de agonía, oye, desde esa cruz, do te levantas, la plegaria filial del alma mía; abrazado al patíbulo sangriento apoyo en él mi frente pecadora, a mí, Jesús, me alivia tu tormento y a Ti te alivia, el que conrito llora. ¡Siento tanto, Señor, cuando te beso los pies atravesados, que se quedan mis labios como presos

